

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

6 JUN 1964

MISION DE LA JUVENTUD

Separata de la Revista Universidades No. 6

Rodríguez Ruiz,
UDUAL HQ796 .R6
*Misión de la
juventud*



CID017110061

UDUAL
HQ
796
.R6

CIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

NAPOLEON RODRIGUEZ RUIZ

MISION DE LA JUVENTUD

Separata de la Revista Universidades N°. 6

BUENOS AIRES

UDPA 470 RB
CLASE: 470 RB

ADQ 58

PPSC _____

FECHA: _____

PRECIO _____

Código de barras
CIDU 17110061
N° de Inventario
2017-11-00058

MISION DE LA JUVENTUD

por el DR. NAPOLEÓN RODRÍGUEZ RUIZ

Rector de la Universidad de El Salvador

Nunca como ahora ha sido tan ineludible el analizar la misión de la juventud. Partamos del principio apodíctico de que la juventud tiene una misión que cumplir. Continuemos con algo que ya no es apodíctico, pero que puede tomarse como una hipótesis racional: que sabemos lo que es una misión y lo que es juventud. Traigamos ahora nuestra atención al análisis de cómo y cuándo esa misión debe ser cumplida.

No es difícil ver que la juventud, en cuanto al supuesto colectivo hacia dónde el cumplimiento o no de su misión ha de repercutir, tiene dos categorías de deberes: para con la humanidad, en general, y para con la de su propio país, en particular. Ambas tienen la misma raíz, y por lo tanto, están tan íntimamente enlazadas, que no pueden diferenciarse sino en cuanto a extensión e intensidad.

Para adentrarse en la estructura de esos deberes, precisa examinar la etapa histórica que esté atravesando el mundo. Hay etapas —volcánicas, convulsas— en las cuales la vida de los pueblos es un torbellino dislocado que arrasa con todos los valores, tradiciones y costumbres. Lo que queda después de esa gigantesca marejada, es la sustancia mínima con la cual esos pueblos tienen que sobrevivir. Hay, en cambio, períodos calmos y tranquilos, generalmente engañosos, porque suelen significar la decadencia y la agonía.

En cada una de tales etapas, la misión que al hombre toca

llenar es sustancialmente distinta. En la primera surge el héroe, el conductor de multitudes, el que debe recoger todas las aspiraciones y anhelos del hombre y traducirlos en instituciones, en leyes, en valores morales para estructurar la vida en nuevos moldes históricos.

En la segunda etapa, resalta el técnico, el sabio que, tranquila y pacíficamente, prepara sus fórmulas, hace prodigiosos descubrimientos para lograr la reelaboración de un mundo que debe ser la culminación de un proceso de liberación de los principios a los cuales la humanidad ha estado sometida. Ninguna de las dos etapas que he señalado —y mucho menos la segunda— supone necesariamente la revolución o la guerra.

Pueden ser sí éstas un antecedente o una secuencia de aquellas. Y pueden no existir. Hay transformaciones vitales en los pueblos que han ido gestándose lentamente, a través de muchas generaciones.

Y el alumbramiento suele dejar tras de sí el sacrificio de muchas vidas. El hombre es siempre el valor central en el hacer histórico. La postura que él adopte ante el mundo condicionará en forma decisiva la posibilidad de que tal hacer histórico asuma un ritmo ascendente, dentro de la curva de valores que estructuran el progreso de la humanidad.

Colocado, pues, el hombre como centro de la historia, imprime a los siglos expectantes un sello característico que los convierte en hitos gigantescos que los venideros tomarán como guías y puntos de partida: Descartes domina todo el siglo xvii. Es el arranque de una extraña e impresionante concepción del mundo. Así también, por la misma razón de estar en el meridiano histórico, suele dejar caer sobre el universo una inmensa cortina de sombras que es como un túnel cavado entre dos fronteras de luz: la Edad Media, durmiendo, ciega y sorda, en el espacio que separa al mundo griego del Renacimiento. En ese túnel sólo hay dos ventanas al sol: Santo Tomás y San Agustín.

Ahora bien: el hombre, nervio vital de la historia, puede ser joven o viejo. No me detendré a realizar un análisis de este problema tan esencial y tan humano: la prevalencia de los viejos o de los jóvenes. Habría que tratarlo en extenso, lo cual daría

pie para alargar demasiado este discurso. Sí, diré que en las etapas decisivas de la vida de los pueblos, han tenido preponderancia y hegemonía, ya los viejos, ya los jóvenes. A veces, como ocurre en el mundo helénico la juventud prevalece, pero no como clase directiva, sino como preocupación estética. El hombre senecto es maestro y guía de los jóvenes, y éstos actúan en función pedagógica poniendo en práctica las enseñanzas y consejos que a diario reciben de aquéllos. El joven considera un orgullo desenvolverse en la vida bajo la constante vigilancia de sus viejos preceptores. Cierto que hay un Sócrates o un Platón a quien seguir. Pero cierto también que los seguidores son de la talla de Alcibiades. Admiran y veneran a los viejos, en cuyas espaldas se sostiene la grandeza de la República. En Roma, en cambio, dominan los patricios, los ancianos, el pater familias. Y el joven sólo figura como un opositor a las Instituciones tradicionales y tiene la esperanza de alcanzar algún día el poder político.

Adelantándonos apresuradamente en nuestro análisis, llegamos al siglo xvii. En este siglo principia la hegemonía absoluta de los viejos. A tal grado, que, como dice Ortega y Gasset, uno se siente inclinado a preguntar “¿Dónde se han marchado los jóvenes?”. Las costumbres, las relaciones sociales, todo está elaborado en función de los viejos.

En el siglo xviii se reafirma la prevalencia y la preferencia de la vejez. De él dice el mismo Ortega: “Es el siglo de entusiasmo por los decrepitos, que se estremece al paso de Voltaire, cadáver viviente que pasa sonriendo a sí mismo en la sonrisa innumerable de sus arrugas”.

En el siglo xix, pareciera haber un predominio de los jóvenes. Pero, en realidad lo que ocurre es que éstos actúan, tal como ocurrió en el mundo griego, para cristalizar y poner en práctica las ideas y enseñanzas elaboradas en los siglos precedentes para los hombres maduros. Son los jóvenes los que realizan la revolución, haciéndola triunfar con las armas. Pero ya ella estaba estructurada y ya el medio convertido en propicio, por los grandes filósofos y pensadores que habían minado con el eco de su voz los cimientos de la Bastilla. Entonces la juventud no obra

por sí, sino en función de las enseñanzas recibidas como legado espiritual, de manos de aquellos maestros venerables que imprimieron a sus doctrinas la pureza, el fuego y la energía que las haría vivir en la historia.

Y llegamos al siglo xx, el cual, en opinión de sociólogos y filósofos modernos, es el siglo de la juventud. Aquí, los papeles se invierten. Los jóvenes conquistan y ejercen el poder político. El medio se adecúa para que en él vivan sólo los jóvenes. Y los hombres maduros no tienen más remedio que acomodarse a esa nueva modalidad de vida y principian, en actitud de servidumbre, a imitar a los jóvenes; en el gesto, en el vestir, en las costumbres, en las ideas, etc.

Y ocurre aquí un fenómeno curiosísimo que Ortega y Gasset ha señalado con suma agudeza: como el imperio de los jóvenes en este siglo no data de mucho tiempo, hay una generación que cronológicamente correspondería a los que están traspasando los cincuenta años, que es la más desdichada de todas, porque cuando estos hombres arribaron a la juventud —veinte años corridos del siglo— todavía existía el predominio de los viejos, y cuando llegan a la edad madura, se encuentran con que ya el dominio del mundo está en manos de los jóvenes. “Le ha faltado, pues —dice Ortega— a esa generación, la hora de triunfo y dominio, la razón de grata coincidencia con el orden reinante en la vida. Es la generación que ha combatido más, que ha ganado, en rigor, más batallas y ha gozado menos triunfos”.

Insistimos, pues, en afirmar que el siglo, en cuya segunda mitad vamos medrosamente adentrándonos, es el siglo de la juventud. Y más concretamente aún, de la juventud masculina. Sería largo y prolijo analizar las razones de esa preponderancia juvenil. Pero el hecho es indiscutible. Lo que sí es importante dilucidar —y con ello entramos a la parte medular de este discurso— es si la juventud está en condiciones de conservar y hacer florecer su hegemonía en beneficio de la humanidad, o si, egoístamente, sólo le interesa reafirmar esa juventud por el simple goce de una victoria obtenida sin lucha ni sacrificio. En una palabra, si se trata de una juventud que ha faltado a la cita con su siglo.

Desdichadamente, todas las reflexiones que en torno a esta cuestión podemos hacer, nos llevan a la conclusión de que las juventudes, a pesar de tener actualmente en sus manos el dominio del mundo, no han alcanzado la fuerza necesaria para hacer que su imperio rinda los frutos que colmen las ansias de justicia y libertad que palpitan en la entraña del hombre de hoy. Su actitud es de perplejidad y de asombro. Ante la imposibilidad de atinar con un camino definitivo se dedica a gozar de los frutos espurios de su triunfo. Las causas de toda esa ineptitud son muy hondas y de carácter psicosocial. Inciden aquí la educación, el hogar, el mundo circundante en general, y tantos otros factores, imposibles de analizar en las modestas dimensiones de este discurso. No dejaré, sin embargo, de referirme a uno de esos factores que es perfectamente visible y cuyos resultados pueden apreciarse observando con alguna atención las distintas actitudes que en el desenvolvimiento de la vida cotidiana adoptan los jóvenes: aludo al narcisismo.

Aludo al narcisismo en el sentido en que lo perennizó el mito griego y a su valorativa psicológica de introversión.

José Ortega y Gasset, con esa elegancia de estilo y agudeza que han hecho inmortales sus ensayos, define así esa actitud narcisista que estoy tratando de explicar: "El amo del mundo es hoy el muchacho. Y lo es no porque lo haya conquistado, sino a fuerza de desdén. La mocedad masculina se afirma a sí misma, se entrega a sus gustos y apetitos, a sus ejercicios y preferencias, sin preocuparse del resto, sin acatar o rendir culto a nada que no sea su propia juventud. Es sorprendente la resolución y la unanimidad con que los jóvenes han decidido no servir a nada ni a nadie, salvo a la idea misma de la mocedad. Nada parecería hoy más absoluto que el gesto rendido y curvo con que el caballero bravucón de 1890 se acercaba a la mujer para decirle una frase galante, retorcida como una viruta. Las muchachas han perdido el hábito de ser galanteadas, y ese gesto en que hace treinta años rezumaban todas las resinas de la virilidad les olería hoy a afeminamiento".

Quiero dejar muy claro que al hacer míos los conceptos que acabo de transcribir no estoy negando los derechos de la ado-

lescencia. Sé perfectamente bien que ésta es una etapa en que la vida es un agitado laboratorio donde se forjan todos los núcleos vitales y morales de la personalidad. Es la edad crucial en el proceso de información del mundo. Todo lo que allí se recibe queda tatuado en el alma del adolescente. Es la edad, como dice Romain Rolland, "en que hay que atreverse a ser injusto y a hacer tabla rasa con todas las admiraciones y todos los respetos consagrados, y negarlo todo, mentiras y verdades, es decir, todo aquello cuya verdad no se haya reconocido personalmente".

El adolescente quede pues, inmerso en su mundo de fantasía y ensueño. Ya saldrá de él algún día.

Ese culto de la juventud hacia sí mismo. Ese regodearse en su propia victoria, le impide darse cuenta de que el triunfo, por sí mismo, nada significa. Lo perenne, lo de siempre, es el afianzamiento de los valores esenciales que reestructuren el mundo, moral, espiritual y materialmente, para hacer posible el progreso armónico de la humanidad.

El narcisismo es un proceso psicológico de autocontemplación que se convierte en una repetición o reproducción de la personalidad en la historia. La hazaña, el heroísmo y aún el sacrificio, son actos de autoexaltación; redundan, a veces, en beneficio de la humanidad, no por el intento, sino por la repercusión. El apóstol es el único capaz de renunciar a la gloria personal y de actuar en función del bienestar general.

Pareciera como si el sentido mítico de la adolescencia se prolongara hasta la juventud. Y como si ésta viviera un mundo de sueños en el cual cada uno es héroe en su propia aventura.

Las causas de esa actitud de desprecio e indiferencia de la juventud hacia todo lo que no se relacione con ella misma son muy profundas. No voy a exponerlas aquí porque el tiempo no alcanza para ello. Sin embargo, deseo señalar una, en la cual todos estamos convergiendo. Es la fe. La juventud de hoy es una juventud sin fe. Aclaro que no me refiero a fe religiosa, en modo alguno, aun cuando, desde luego, ella va incluida. Aludo a la fe en los valores esenciales del espíritu, en los valores del hombre. La juventud, sobre todo la juventud latinoamericana, ha tenido que ver cosas inauditas. Se ha dado cuenta, por ejemplo,

de que los gobernantes corrompen el poder, de que el derecho a la vida, a la libertad y el respeto a la persona humana sólo figuran en la letra inerte de las leyes, y de que las Instituciones son tan sólo piezas de una maquinaria que el titular del poder mueve a su capricho y antojo. Esta juventud ha visto, asimismo, claudicar a los mejores hombres, a aquellos en quienes cifró las esperanzas de redención de los pueblos. Ha visto, en fin, el eclipse de la virtud y la honestidad con las consecuencias que Montesquieu en su *Espíritu de las Leyes*, ha esculpido con frase maestra, en la forma siguiente: "Cuando la virtud desaparece, la ambición entra en los corazones que pueden recibirla y la avaricia en todos los corazones. Los deseos cambian de objeto; se deja de amar lo que se amó, no se apetece lo que se apetecía; se había sido libre con las leyes y se quiere serlo contra ellas; cada ciudadano es como un esclavo prófugo; cambia hasta el sentido y el valor de las palabras; a lo que era respeto se le llama miedo; avaricia a la frugalidad".

Ha presenciado guerras injustas, masacres de hombres, con el más completo desamarre de los instintos bestiales; ha visto a los pueblos débiles debatirse en la miseria y en la angustia, luchando, en lucha suicida, por su redención económica y su libertad, frente a los pueblos opresores que imponen su arbitraria autoridad con la fuerza de las armas. Ha visto, en fin, a la fuerza del derecho ser suplantada por el derecho de la fuerza. Y entonces, frente a ese panorama desolado de traición, odios, persecuciones, ambición y crueldad, ¿cómo es posible no perder la fe y la confianza en los valores consagrados? Perdida la fe, viene la indiferencia, el apagamiento, la inercia, un renunciamiento que se traduce en un dejar hacer. Pero, de repente, cuando nadie tal vez se lo espera, hay un sacudimiento total, hay un despertar de fuerzas que se creían dormidas y suele llegar entonces la revolución. Triunfa la juventud. Con la victoria en las manos, no confía sino en la juventud misma. Se engrandece a sus propios ojos, y principia una autoexaltación que culmina en el narcisismo de que he venido hablando.

Como consecuencia, pierde el sentido de la totalidad y no es capaz de tener una concepción universal del mundo en que vive.

Y, por lo tanto, carece de una idea definida de la misión que en ese mundo le toca llenar.

Esta misión, como ya dije al principio, tiene un doble miraje: para con la humanidad, en general, y para la del propio país, en particular. Para con la primera, porque el hombre actual, precisamente por las grandes transformaciones sociales operadas en el mundo, que han traído como consecuencia la afirmación de valores universales frente a los puramente regionales, ha asumido una vida de amplia contactibilidad que le permite recibir las sensaciones de todo lo que ocurre en el resto del mundo. Y así, la injusticia, el atropello a los derechos fundamentales, los atentados contra los principios de humanidad, perpetrados en países o sociedades distintos a los suyos, laceran su propia entraña y le despiertan el anhelo de colaborar en todo aquello que tienda a poner fin a aquella situación de angustia. Presiente, en una palabra, que sus deberes trascienden las fronteras tradicionales y amplían su esfera de obligaciones hasta cualquier lugar de la tierra en que exista el sufrimiento del hombre.

Con mayor razón, tiene una tarea que cumplir para con su patria. Cada país espera, por etapas, el impulso creador que el granar de sus juventudes pueda imprimirle. Y son ellas las que deben encender la luz de la esperanza que mantiene a los pueblos atisbando el arribo de una redención que tal vez nunca ha de llegar. Son ellas las que, plenas del recuerdo de los muertos que ya cayeron en la lucha y del estímulo de los vivos que desgajan su existencia en duro batallar, tienen en sus manos el advenimiento y conservación de una era de descanso, de bienestar y de sosiego para la humanidad.

Es preciso, pues, que estén listas y hábiles para esa cruzada de liberación. Y son las gentes que enseñan, los maestros, las que responderán a las generaciones futuras por la preparación cultural y moral de esas juventudes. No debemos defraudar a la historia. No podemos traicionarnos a nosotros mismos, dejando sólo desesperanza e inquietud tras de nuestros pasos. Es necesario regar el grano con la seguridad de que no obtendremos una cosecha magra. Hagámoslo, y pronto, antes de que la inclemencia

del tiempo deje nuestra tierra convertida en un sequedal en que sólo crezca la mala hierba.

Por de pronto, parece indudable el predominio de los jóvenes. Pero también parece notorio que no podrán conservar ese imperio. No comprenden que la juventud es un simple estadio de la vida, y como tal es transitorio. ¿Qué hay más allá de lo transitorio? Pues lógicamente tiene que haber lo permanente, lo estable. Y a ese más allá, ¿quiénes sino los jóvenes de hoy, viejos entonces, han de llegar? Por consiguiente, preciso es que no piensen sólo en el presente, sino también en el futuro, que, a fin de cuentas, les pertenece como próxima etapa de su proceso vital, de su cruce por el mundo. De no hacerlo así, corren el riesgo que el ya mencionado José Ortega y Gasset explica en las siguientes frases, que escuecen, sin duda, pero que son exactas: “La juventud —dice— estadio de la vida, tiene derecho a sí misma; pero, a fuer de estadio va afectada inexorablemente de un carácter transitorio. Encerrándose en sí misma, cortando los puentes y quemando las naves que conducen a los estadios subsecuentes, parece declararse en rebeldía y separatismo del resto de la vida. Si es falso que el joven no debe hacer otra cosa que prepararse a ser viejo, tampoco es parvo error eludir por completo esta cautela. Pues es el caso que la vida, objetivamente necesita de la madurez; por tanto, que la juventud también la necesita. Es preciso organizar la existencia: ciencia, técnica, riqueza, saber vital, creaciones de todo orden son requeridas para que la juventud pueda alojarse y divertirse. La juventud de ahora, tan gloriosa, corre el riesgo de arribar a una madurez inepta. Hoy goza el ocio floreciente que le han creado generaciones sin juventud”.

¿No es notoriamente cierto lo que dice el insigne maestro de juventudes, Ortega y Gasset?

Es necesaria, pues, una reacción. Es urgente ponerse ya a construir. Y son las juventudes universitarias las más obligadas en esa gran tarea de forjar los valores permanentes en que ha de sintetizarse la gigantesca estructura de este complicado mundo, que se encuentra en plena gestación.

Son esas juventudes las principalmente obligadas porque es-

tán en condiciones de alcanzar un conocimiento más completo de la esencia, progreso y desarrollo del hombre de hoy. Del medio en que se mueve, de sus inquietudes y angustias. Las carreras universitarias, aun dentro de las limitaciones en que se mantienen, a veces por razones técnicas, a veces por razones económicas, capacitan al individuo para formarse una concepción universal del mundo y de la vida.

Las ideas de justicia, derecho y libertad, que nunca como ahora han cobrado un valor tan fundamental, y que son los pilares angulares de la vida del hombre, pueden ser mejor comprendidas por los jóvenes a quienes la Universidad con su sentido ecuménico ha abierto la mente y el espíritu a todos los horizontes de la cultura.

Las juventudes universitarias, plenas de energía creadora, de inteligencia libre y con alma aún no contaminada por las aguas turbias de la vida, son las que conllevan la tremenda responsabilidad de hacer que el hombre viva en un mundo sin miseria, sin guerras, sin odios, ni rencores.

Crear un mundo con paz, con justicia y con pan: he ahí la sublime tarea de la juventud.